

Marinara

Pedro García

Sacó un pedazo de pizza, lo dobló como si fuera un papel y le dio un mordisco decidido. Estaba un poco fría, pero le supo deliciosa. Su mujer, sentada al lado, comía su porción con tenedor y cuchillo.

Hacía ya varios domingos que ese era el menú de la noche: una pizza con salsa de tomates y nada más. La pedían únicamente cuando estaban solos. A sus amigos les parecía un desperdicio no agregarle queso y otras cosas.

Ambos se veían cansados. Él bostezaba, ella se estiraba. Los últimos dos días habían dormido apenas un par de horas. ¿Aguantaremos?, le preguntó ella. Él se quedó en silencio y pensó que no, que no aguantarían. Pensó que, de ahí en más, despertarían siempre muertos de sueño, que ya no saldrían más a comer ñoquis los veintinueve, que ahora sus citas serían en el comedor de su departamento con comida a domicilio recalentada. Pensó que ya no podrían emborracharse un martes hasta las tres de la mañana, que no podrían leer el diario los sábados, en pijama, tomando un desayuno eterno; que ya no comprarían pasajes de un momento a otro y partirían, sin dar explicaciones, con una maleta de mano, a cualquier lugar que se les ocurriera.

Claro que vamos a aguantar, le respondió.

Asustado, casi temblando, él le tomó la mano. Te juro que vamos a aguantar, le dijo. En eso, la niña comenzó a llorar. Ambos rieron a carcajadas, al mismo tiempo, como si estuvieran coordinados. Él se paró a buscar una mamadera. Espera, dijo ella, y lo agarró del brazo. Se limpió las manos y la boca con una servilleta y le dio un beso largo. Él respiró profundo. Mientras preparaba la leche, ella la fue a mudar.